

III CONCURSO JUVENIL

DE RELATOS CORTOS

"GRUPO I TEVELESA"

LO QUE LA VERDAD ESCONDE

- ¡Señoras y señores, acudan a este magnífico espectáculo que dará comienzo en unos instantes!

Albert calentaba unas palomitas en el microondas mientras Marina ya estaba acurrucada en el sillón mirando el televisor, esperando a la reanudación del show que cambiaría sus vidas por completo.

- ¡Albert! - gritó Marina desde la distancia. – Ya empieza el programa.
- Ya voy Marina - respondió Albert con una voz ligeramente cansada.
- ¡Volvemos de la publicidad y, en el programa de hoy se encuentra el primer concursante de esta edición! Este individuo es el actual jefe de una I.T.V. del grupo Itevelesa.
- ¡Como tú! - exclamó Marina a Albert.

Albert no le prestó demasiada importancia ya que había muchas I.T.V. repartidas por toda España. El presentador continuó su discurso.

- Este concursante también reside en Cantabria y nos está viendo ahora mismo desde su sofá.

Albert pausó rápidamente la emisión.

- ¿No te parece demasiada casualidad que haya coincidido en todo lo que ha dictado? - dijo Albert.
- Ya te había dicho yo - respondió Marina con una leve carcajada.
- Pues a mí no me hace ninguna gracia, creo que deberíamos de poner otro programa - argumentó con una voz seria.
- ¡No me seas miedica! - rió Marina quitándole hierro al asunto.

Marina reanudó el programa como si no hubiera escuchado a Albert, el cual siguió viendo el programa con un poco de inseguridad.

- A continuación, veremos cómo la madre de nuestro invitado pisará demasiado fuerte el freno a la salida de la autopista N-634 y... ¡Vaya! Parece que tenemos un accidente ¿no es así? – dijo el presentador volviéndose con una sonrisa burlona al público, que se lamentaba y se reía a carcajadas a partes iguales. Marina y Albert se miraron

mutuamente como si estuvieran paralizados y no pudieran despegar las miradas el uno del otro.

Albert fue a mediar palabra, pero acto seguido sonó su teléfono. Era su tío.

- Albert tu mad...

Este colgó el teléfono y apagó la televisión.

- ¡No te das cuenta de lo que está pasando Marina, estamos en peligro y todo esto es culpa del maldito programa! - gritó Albert.
- A mí no me grites, puede que te estén gastando una broma o simplemente haya sido pura casualidad - respondió ofendida Marina.
- Casualidad, ¿En serio crees que puede ser casualidad? ¿Que un hombre desconocido del que no sabemos nada me describa a la perfección y que prediga que mi madre ha tenido un accidente? Creo que tengo cosas mejores que hacer que estar discutiendo.

Albert cerró de un portazo y se fue directo al garaje, hacía el hospital Sierra Llana, el más cercano a la carretera en la que su madre había tenido aquel accidente.

No era una situación sencilla, estaba conduciendo lo más rápido posible hacia un destino que quizá no era el adecuado, sentía que no había tiempo que perder. Llegar al hospital antes que la ambulancia y poder avisar a los trabajadores para que estuvieran atentos, podía ser decisivo. Aparcó en la puerta del hospital y aparentemente no encontró a nadie. Inmediatamente Albert llamó al teléfono de su tío para preguntarle a que hospital se dirigía su madre, pero no lo cogía. No podía entender cómo no le respondía, pero insistió, y le llamo por segunda vez, esta sí, con respuesta de su tío. Albert no pudo esperar ni un segundo y le empezó a bombardear con preguntas.

- Tío, ¿A qué hospital se dirige mi madre? ¿Está bien? ¿Está consciente?

El tío tomo una pequeña pausa que pareció interminable.

- Albert, ¿Estás bien?

Albert no podía creer lo que estaba pasando, pero sacó toda la paciencia que le quedaba.

- Claro tío, yo estoy bien, ¿Pero mama, que tal está?
- No lo sé Albert, ayer hablé por teléfono con ella y me pareció que estaba bien.
- ¿Pero no me habías llamado como hace veinte minutos diciendo que mamá había tenido un accidente?
- Yo no he hecho ninguna llamada - respondió tajantemente.

En ese momento fue en el que se dió cuenta de lo que había sucedido. Apagó el móvil y se dirigió lo más rápido que pudo a su coche.

Todo había sido una trampa, una maldita trampa que se había tragado por completo. Toda esta noche habían estado jugando con él y maleándole a su antojo, como un títere al cual han estado manipulando. Estuvo todo el viaje pensando en Marina, la relación que tenía con ella, cómo iba a afectar la discusión que habían tenido antes de salir al hospital, si iba a encontrársela en casa o si ella también formaba parte del juego. Realmente todo eran incógnitas, pero lo que tenía claro es que ya no quedaba ningún margen de error.

Albert se bajó del coche y con suma delicadeza efectuó dos giros a la izquierda con la llave, lo que desbloqueó la cerradura de la puerta trasera de casa. No parecía que Marina se encontrase allí. Fue pasando sigilosamente por el pasillo hasta llegar a la cocina y el salón y efectivamente, no había nadie.

El único lugar donde podía quedar alguien eran las habitaciones, de manera que se dispuso a subir las escaleras cuando de repente se encendió la televisión a todo volumen.

Ahora sí que sí, solo quedaban ellos dos, Albert y el presentador.

- ¡Esperemos que les haya gustado el programa de hoy! En nuestra siguiente emisión ¡Marina y Albert ya no estarán juntos! ¿Quién sabrá el motivo de su separación? ¡En el episodio de mañana lo sabremos!

Albert se quedó petrificado. No sabía cómo reaccionar, qué estaba sucediendo, quién era ese presentador y qué trasfondo podía tener aquella frase que retumbaba en su mente: *“Marina y Albert ya no estarán juntos”*.

El incómodo silencio del programa le sacó de sus pensamientos para darse cuenta de que tanto el presentador como el público le miraban expectantes con la boca entreabierta. ¿Qué pretendían que hiciera? ¿Por qué nadie se movía? ¿Se terminaría el programa cuando él hiciera algo en concreto?

Instintivamente y ante la presión de toda esa gente, Albert echó mano al bolsillo. No podía creer lo que en él se encontraba. Con gran sutileza, un cuchillo de considerable tamaño comenzó a asomar de su pantalón. Absorto en el reflejo del mismo, Albert lo sujetaba delante del televisor como si de una ofrenda se tratara.

- ¡Eso es! ¿Lo ven? ¡El cuchillo llevaba ahí desde el principio! – decía el presentador mientras el público se llevaba las manos a la cabeza. – Ahora sí ha llegado el final de nuestra emisión, les esperamos en el próximo y ya saben, esto es ¡Lo que la verdad esconde! – vociferó el presentador junto con el público de fondo.

Un pequeño temblor sacudió el lugar de la casa en el que se encontraba Albert. Tras él, un estruendo, un segundo de incertidumbre, y un apagón de luces.

Se bajó el telón.